

PLANT



Amor, Amor, si sabias
 las penas que 'm fas passar.
 N' estimo una doncelleta,
 mos amors no sé cantar.
 Quan me trovo devant d' ella
 torno mut, no 'm se explicar.
 Quan me trovo devant d' ella
 el meu cor vinga saltar.
 Lo que no goso á contarli
 bé li podrias dictar.
 Dígali que tan: l' estimo
 que no la puch olvidar.
 Dígali que n' es sols ella
 la que 'm fa fruí y penar!...

Amor, Amor, si sabias
 las penas que 'm fas passar!...

PERE MASPONS Y CAMARASA.

La felicidad



(DE LEÓN TOLSTOI)

Vivia en el gobierno de Ufaschen un labrador conocido por Iljatz. Su padre al morir un año después de haberle casado nada le dejó. Todo el patrimonio de Iljatz en aquel tiempo consistía en siete yeguas, dos vacas y dos docenas de ovejas; pero era inteligente en el gobierno de una casa y con condiciones para prosperar. Él y su mujer levantábanse los primeros y se acostaban los últimos rendidos por el cansancio. De esta manera, año tras año, aumentó su fortuna. Con treinticinco de constante trabajo llegó á ser riquísimo. Pudo reunir doscientos caballos, quinientas cabezas de ganado vacuno y doscientas mil ovejas. Cuidaban los mozos de los campos y las criadas ordeñaban las yeguas y las vacas, componían el cumis (1) y fabricaban la manteca y los quesos.

Nadaba Iljatz en la abundancia y era en toda la comarca envidiado. Todo el mundo decía: Iljatz es el más feliz de los mortales, nada le falta y puede esperar la muerte sin sobresaltos. La gente de suposición buscaban su amistad y trato, y de lejos llegábanse hasta allí, y los agasajaba con manjares y bebi-

(1) Leche de yegua fermentada muy del gusto de los pueblos mongólicos. (NOTA DEL T.)

das. Quien quiera que fuese encontraba el cumis preparado, y siempre dispuesto el té, la salsa de pescado ó la tajada de carne. Al llegar un huésped se degollaba un carnero; de ser muchos, se echaba mano de una va a.

Dos hijos y una hija tenía Iljatz; casó los hijos, y casó la hija. Cuando era pobre trabajaban con él, y le cuidaban los caballos y las ovejas. Pero una vez rico, cada cual tiró por su lado. Uno se dió á la bebida; el mayor pereció en una riña. El más joven, atizado por su suegra ambiciosa, no quiso obedecer más á su padre, y éste hubo de darle parte del patrimonio. Empezó la fortuna de Iljatz á mermarse, y á poco mortífera enfermedad diezmó sus ovejas. Vino después un año de hambre, sin éxito el heno, muriósele el ganado durante el invierno, y le arrebataron el mejor de sus terrenos. Su riqueza se redujo considerablemente. No cesaron los quebrantos, aminoráronse sus energías, y al llegar, además, sus setenta años, las pieles lujosas; los tapices, las sillas de montar y demás arreos hasta la última bestia hubo de ser vendido. Alejóse de allí, y con su mujer fuése en busca de un pedazo de pan para pasar el resto de sus días. Se había quedado como quien dice sin camisa y sólo con su esposa. Su único hijo viviente estaba allá, en apartada comarca.

Tuvo compasión el vecino Muchamedschach de aquellos viejos. Era un buen hombre, ni rico ni pobre, y llevaba una vida moderada. Hizo memoria de su antigua amistad, y le dijo:

—Iljatz, vive conmigo y con tu mujer. Trabaja según tus alientos en el verano, y durante el invierno darás el forraje á las vacas, y tu esposa puede ordeñar las yeguas y confeccionar el cumis. Manutención y vestidos vuestros, van de mi cuenta, y si algo más necesitas, dímelo que también te lo daré.

Agradeciolo Iljatz, y así él y su esposa vivieron como jornaleros en casa de Muchamedschach. Dura era para ellos al principio aquella nueva vida, pero después acabaron por acostumbrarse á la misma y trabajaban cuanto podían. Versados en dirigir aquellas labores produjeron á Muchamedschach no escasos beneficios, y nunca tenían pereza y hacíanlo todo de la mejor manera posible. Pero á Muchamedschach causábale pena cuando consideraba la alta posición por ellos ocupada y los veía ahora entregados á aquellos menesteres.

De lejos, llegó una vez á casa de Muchamedschach uno de sus pariente, y Muchame-